

DOÑA CAROLINA CORONADO

I.

El arte como la naturaleza es un gran sistema enlazado y coordinado con leyes reales. Lo que en el mundo material llamamos seres ú objetos, en el mundo del arte se llama ideas ó creaciones; el arte se desenvuelve por medio de una série de manifestaciones, que van siendo más adecuadas á nuestro espíritu conforme se van separando del mundo sensible y ascendiendo, á manera de misteriosa escala, al cielo de las eternas armonías. La poesía es la cúspide del arte, su última forma, la expresion más hermosa de lo ideal. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, componen una série ascendente, en que se vé el espíritu desprenderse de las formas materiales y expresar su pensamiento con una forma invisible, que se aseme-

ja á lo espiritual, el sonido, eco del sentimiento. Pero el arte, que resume y compendia todas las artes, sin duda es la poesía, pues como la música, expresa el sentimiento por medio de sonidos; como la pintura, refleja y reproduce la naturaleza; como la escultura, esculpe en la mente la idea del hombre espiritual, siendo, por todos estos títulos, la corona del arte. El pensamiento con todos sus colores, con todas sus bellezas, con todas sus formas, se encarna y manifiesta en la poesía. El fondo de las obras poéticas es el fondo mismo de las cosas; su esencia íntima las verdades universales y eternas; el principio de vida, que anima los seres, las leyes armónicas de esa misma vida, los eternos tipos, que así se manifiestan en la naturaleza como en el espíritu; es, en una palabra, lo verdadero, de que la hermosura no es sinó la esplendorosa sensible forma.

El poeta, sacerdote del mundo, tenido siempre por sagrado en los pueblos primitivos, oráculo que interpretaba los secretos de la naturaleza, los misterios de los cielos; el poeta extendía las ideas guardadas en los murmullos de la creación; descifraba los libros sagrados; guardaba el tesoro de las tradiciones; recibía en su alma el rocío de las verdades celestes; presta-

ba cánticos á los pueblos, á los guerreros; y su voz se repetía como un divino eco de generación en generación, de siglo en siglo. ¿Y esta gran tradición del poeta se había perdido para la historia? No. La Grecia ha muerto, el mar se ha tragado sus colonias, el tiempo ha pulverizado sus ciudades y ha roído hasta sus campos; y en aquellas soledades, aún repiten los vientos, las ondas, las hojas de los bosques, el sacratísimo nombre de Homero, alma de Grecia, que ha sobrevivido á su ruina.

Pero hay un sér superior al poeta, más sensible, más inteligente, más poeta, si cabe hablar así: la poetisa. No extrañará el lector mi afirmación, si recuerda que el más profundo de los poetas modernos, Goethe, llamó al del arte, ideal femenino. No sé por qué el derecho de profetizar, de penetrar en el mundo de lo porvenir, que es nuestra pátria (porque nosotros, pobres peregrinos, vivimos por el deseo y la esperanza), el derecho de profetizar, decía, pertenece á la mujer. En el mundo antiguo, allí donde el amor era el placer, una mujer, Safo, anheló esa confusión de dos almas como dos rayos de un astro en un mismo cielo, como dos gotas de rocío caídas en una misma hoja, esa confusión purísima, espíritu del amor cristia-

no, que divino é infinito no vive sinó del recuerdo del sér amado, prefiere los dolores de la desesperacion y de la muerte á la sombría tranquilidad del olvido. El mundo antiguo, eminentemente psicólogo, atribuyó la ciencia poética de adivinar á las mujeres. Mirad sinó la série de sus grandes sacerdotisas desde la Pitonisa de Delfos hasta la Sibila de Cumas; aquella, que une el mundo oriental con el mundo clásico; ésta, que une el mundo clásico al mundo cristiano. Y la mujer, al entrar en el hogar doméstico cristiano, en este santuario, donde resplandece una luz más nueva, no ha perdido su carácter, ántes lo ha santificado, y el cielo le ha conñado nuestra educacion, obra maravillosa, cuya principal guía es el presentimiento, eterno oráculo guardado en el corazon de la mujer. Así, en el siglo diez y seis, cuando la teología ceñuda y sombría atiza el fuego de la inquisicion, una mujer, Santa Teresa, enciende las almas en las llamas purísimas, espirituales, de amor cristiano, y lleva á cabo una gran revolucion teológica, reconciliando á los hombres empedernidos en las guerras religiosas; en el siglo décimo nono, cuando poseidos los hombres del sentimiento revolucionario, escribian con su propia sangre indeblemente los

derechos fundamentales en el espacio, sólo una mujer presintió la existencia del pensamiento que animaba la revolucion, en otro pueblo distinto de Francia y lo libó allí, y despues lo presentó matizado de mil varios colores para admiracion del mundo y enseñanza de las gentes. La mujer, depositaria del sentimiento, ángel que guarda lágrimas para todos los dolores, tesoro de compasion para todos los doloridos, nuestra compañera más fiel en el infortunio, pronta siempre á la abnegacion, amiga del sacrificio, presente con sublime presentimiento los males que nos amargan, ve la nube que empaña la frente, el pensamiento que cruza el alma, conoce todos los secretos que nos agitan, todas las dudas que nos suspenden, y como el iris, cuando nuestra alma cae en negra noche, descompone en seductores matices la luz purísima que viene del cielo y nos vuelve á la virtud y á la esperanza.

¿Y puede la poetisa desmentir este carácter? No. ¿Cuál será la poetisa más perfecta? La que mejor conserve y refleje las cualidades de mujer en sus versos. Pues bien, esta poetisa vive entre nosotros, y se llama Carolina Coronado. No conozco poetisa que le aventaje en conocer la naturaleza de las pasiones, ni que le iguale

en la delicadeza del sentimiento. Doña Carolina Coronado tiene el talento peculiar, íntimo de la poetisa. El artista, para levantarse á tan alto asiento, ha menester sentir en sí todas las bellezas de la naturaleza y volar hasta las regiones más elevadas del pensamiento. Estos dos caracteres profundamente poéticos se encuentran en alto grado en doña Carolina Coronado. Si lo dudais, leed su divino canto, *El amor de los amores*, en que todas las galas de la poesía meridional se unen á la profunda tristeza de la poesía del Norte.

Doña Carolina Coronado ama el arte por el arte. No le preguntéis por qué canta. No lo sabe. Sería lo mismo que preguntar al arroyo, por qué murmura; al astro, por qué produce la armonía en las esferas; á la hoja del árbol, por qué susurra al dulce arrullo de las brisas, y al ruiseñor, por qué en la callada noche interrumpe el silencio de la naturaleza con sus regalados arpegios. La señora doña Carolina Coronado resplandece por su sencilla espontaneidad, carácter principal de las obras de arte. En las ciencias se necesita la reflexion profunda, el raciocinio laborioso, la comparacion sesuda; pero en las artes se necesita la inspiracion, que sin dejar de ser reflexiva y de encerrar en sí,

como la misma naturaleza, un raciocinio, ha de centellear prontamente como la palabra creadora. La Biblia nos dá en esto un gran ejemplo. «Y dijo Dios: habrá luz y hubo luz.» Las obras de arte son creaciones del espíritu humano; pero no son inferiores á las obras de la naturaleza. Las obras de arte narran como los cielos la gloria de Dios; porque son el resumen de todo cuanto hay de divino en el hombre. Pero preguntad á un verdadero poeta la causa que le mueve á cantar. La ignora. El arte nos enseña la verdad en su encarnacion más perfecta, en la hermosura, la *forma* por excelencia. Por eso, tiene virtud para remover el alma en sus más íntimos sentimientos, iluminar sus abismos y darle á gustar el néctar de la verdadera vida. El artista ha de reunir la sensibilidad al pensamiento. Crear no es un trabajo mecánico, sujeto á reglas preestablecidas; no crea el alma sacando de sí misma su virtud. El poeta necesita pensar é imaginar. La imaginacion dá forma sensible á la idea. Así es que la razon dá el alma de la obra de arte, y la imaginacion le dá el cuerpo; la razon dá la idea, la imaginacion, la imágen.

Por eso los filósofos alemanes han pretendido que la estética ha de unir sintéticamente to-

dos los sistemas filosóficos; union que el eclecticismo ha intentado con un procedimiento irracional, ó cuando ménos empírico. Creo haber explicado así el secreto de la profunda impresion que producen las obras de arte de la poetisa que examino. Resplandece en ellas la idea, la verdad revestida con todos los resplandores de la hermosura, de la forma. No conozco en nuestro parnaso moderno cantor más fiel, más ingénuo de la naturaleza. En sus versos se oye el eco de los montes y de los bosques, se aspira el aroma de los campos. El perfume que exhalan; se parece al ambiente de una campiña del Mediodía, perfumada por el azahar, la zarza-rosa, el lirio del roble. Es su poesía la naturaleza misma transfigurada en su ardiente imaginacion.

Cuando en medio de las fingidas pasiones de una engañosa civilizacion, entre este zumbido de ideas absurdas, de rumores que turban la mente, vuelvo los ojos á una de esas dulces composiciones de la sin par poetisa en que se retrata la celeste luz de esplendorosos horizontes, el serpentear de los arroyos que arrastran en sus ondas las hojas caidas de la zarza-mora, el vuelo misterioso de la golondrina, el dulce mecerse de la palma que parece huir de la

tierra; el espectáculo de esa vida universal, en que nadan tantos séres; mi alma, amante de la libertad y amiga de la naturaleza, se goza en tan hermoso cuadro, como si desde este estrecho recinto en que vive, contemplara renovarse la creacion, cual una flor en la feliz y dulce primavera.

Así ha dejado en mi alma su poesía, como el cuadro del espacio en que nació. Me parece ver siempre la cabaña, el alto monte, el rio precipitándose espumoso entre las peñas y formando esa gigante armonía del torrente, la tórtola anidando á la sombra de los arbustos, la blanca paloma, y sobre todos estos objetos cernerse, dándoles nueva vida, voz, pensamiento, el alma de la poetisa, pura como una ilusion, matizada de los átomos desprendidos de las flores, como las bellas alas de una pintada mariposa. Pero embellecer la bella naturaleza, obra grande es, mas no tan grande como embellecer el hogar doméstico, esa segunda naturaleza del hombre.

Hace ya algun tiempo, un gran poeta saludaba con júbilo el advenimiento á la poesía de una ignorada niña. Este poeta, romántico por excelencia, habia anidado la duda en su mente, la desesperacion en su pecho. Su imagina-

cion era como una de esas grandes y hermosas flores del Trópico, que ocultan una serpiente. Recibió del cielo nacaradas alas de ángel, y las manchó revolcándose en el lodo de la tierra. Sentía esa sed de bien, que el mundo no puede saciar, y desconoció la fuente de donde baja el purísimo manantial que apaga la sed del alma. Y un día fijó sus ojos en la niña que cantaba la hermosura de la naturaleza y la saludó alborozado. Espronceda sabía que al saludar á Carolina, saludaba una nueva poetisa; pero ignoraba que saludaba también una nueva poesía. Materia será esta de nuestro segundo artículo.

II

Decíamos en nuestro anterior artículo que Espronceda, al saludar la nueva poetisa que nacía en su feliz valle, ignoraba saludar una nueva poesía. Y en efecto; entonces el romanticismo, esa poesía encendida en los hornos de fraticidas y tremendas guerras, había secado los corazones de los poetas, que destilaban algunas gotas de negra y emponzoñada sangre, pero no una lágrima, premio decretado sólo á la ternura y elevacion del sentimiento. Carolina, jóven inspirada por la lira de su corazón;

humedecido su pensamiento, como flor en capullo, por el rocío de la naturaleza; pura su alma como un celaje del horizonte, que desde la niñez la cobijaba, vino á llorar cuando todos los ojos estaban secos; á suspirar cuando la duda había abrasado todos los lábios; á sentir cuando todos los corazones eran como desiertos; á recordar el cielo á los que, pegados al terruño, siervos de sus pasiones, no se despertaban á presentir otra pátria para esta alma aprisionada en su cárcel de barro, ni pedían consuelos á la dulce y santa esperanza, esa última gota del néctar de la vida que no es dado consumir al dolor. La poetisa cantaba desde sus montes, como el ruiseñor cuando pasa la tempestad canta desde su nido, sobre los árboles desgajados por el rayo ó tronchados por la corriente; y cantaba sin conocer que sus arpa-dos gorgoros eran la resurreccion del sentimiento, del amor, de la fé que había huido del mundo entre el estruendo de ardientes maldiciones y escépticas carcajadas.

En aquella sazón había otra escuela que buscaba la vida en la muerte, y creía que la eterna musa del poeta es el génio de sus mayores, sin comprender que cuando las civilizaciones cambian, cuando nueva savia circula por el

eterno árbol de la vida, es huir la luz buscar en formas ya gastadas y rotas la centella de la inspiración. Carolina huía instintivamente de este segundo escollo. Confiando en su espíritu, oyendo ese canto interior que embelesa al feliz mortal nacido poeta, antes de que logre vaciarlo en la imperfecta nota que se llama palabra; la joven cantaba, no desordenadamente como los románticos, ni á la manera antigua como los clásicos, cantaba los mundos de ideas y de seres que el espíritu y la naturaleza, esos dos reflejos del eterno pensamiento, hacían brotar en su alma, estrella nacida para brillar sobre los sepulcros donde se habían refugiado los clásicos, y rielar en las mismas brumosas tempestades donde el arte romántico creía encontrar su vida y su alma.

Acuerde el lector la exaltación de las pasiones, el ruido que formaban aquellas orgías donde el crimen tenía tantos cantores, la ausencia de todo sentimiento tierno, la consagración de todo lo monstruoso. Byron, bebiendo vino bárbaramente en el cráneo de burlados maridos; Espronceda, mirando á Teresa morir maldecida por sus hijos; Víctor Hugo, partiendo como el anatómico los corazones, pero los corazones vivos, palpitanes aún, para ana-

lizarlos; Larra, cerrando voluntariamente los ojos á la luz del día, por no ver el mundo; y Zorrilla, poniendo aquellas manos, que más tarde habían depulsar el arpa de los poetas católicos, sobre un cadáver, y preguntarle por el no ser... Acuerde aquella embriaguez de pasiones que había hecho de la casta musa del arte cristiano una bacante, y se verá qué impresión tan honda, tan profunda, debía hacer en el ánimo de las gentes una poesía tierna, sencilla, pura; una poesía que lloraba, y que debía parecer á aquella sociedad, descreída y enferma, como un sueño de paz, como un ángel que descendía del cielo.

Siempre ha sido esta la condición de la mujer, pues en el mundo seca las lágrimas, consuela los dolores. Ya lo decíamos de la mujer que en el siglo diez y seis pasmó al mundo con su elocuencia.

Quizá creerán algunos que exageramos la importancia de la poetisa Carolina Coronado. Los que tal digan no comprenden cómo las artes influyen y dominan en la vida. No es posible medir su importancia, como no es posible medir el espíritu. En el mar insondable de la vida las lágrimas de un poeta endulzan muchas amargas ondas. ¡Cuántas almas cerradas á la

esperanza, al amor, habrá consolado nuestra poetisa, cuando hace aparecer, sobre los varios fenómenos de la naturaleza, á Dios enlazando en la ley del amor lo mismo el astro que la luciérnaga, lo mismo las corrientes de los mares que la pequeña gota de lluvia que pende temblorosa de la hoja de un árbol, lo mismo el pobre insecto que al hombre, señor de la creación. La naturaleza parece rejuvenecerse en la imaginación de la poetisa, y el alma purificarse con la naturaleza. Esa mística armonía del mundo interior con el mundo exterior, del espíritu con la naturaleza, que pocos comprenden, se siente en todos sus versos.

Su alma, llena de creencias, de virtudes, impresionada dulcemente por esa renovación perpetua de la vida, que vé en torno suyo como una fuente eternamente manando cristalinas aguas, revolotea sobre todos los objetos, recoge los átomos que de ellos se desprenden, liba su miel, y después, trasformándolos á la luz de su idea, nos presenta una nueva creación teñida con los destellos de cándida inocencia, como ese paraíso cuyo recuerdo habita en nuestra memoria y cuya esperanza posee nuestro corazón. ¡En cuántos espectáculos de la naturaleza, que nosotros profanos á la poesía

no entendemos, encuentra Carolina una fuente de inspiración! La rosa silvestre que se deshaja, la paloma que arrulla sus hijuelos en el oculto nido, la bandada de gilguerrillos que comienza á cortar con sus nimias alas el aire, la primera estrella que nace entre las dudosas sombras del crepúsculo, el rumor de las hojas mecidas por el aire; todos esos varios cuadros de la naturaleza, todos esos rumores de la creación, notas del eterno canto que lo creado levanta á su Creador, se repiten, se hermocean en versos de la inspirada poetisa, que criada en el seno de la naturaleza, parece haberle arrancado su inspiración y haber recibido de ella en premio del amor que la profesa, la esencia de sus divinos aromas.

La poesía de Carolina Coronado tiene un fin; quizá la poetisa no se lo ha propuesto, pero el fin nace de sus mismos versos, que brotan con la espontaneidad con que brota en la mente el pensamiento. Y el centro de gravedad de todas sus ideas es la virtud. Embellecerla, hacerla amable, enseñar el camino que á ella conduce, poseer la virtud, eso enseña Carolina Coronado. Quizá conoce el corazón humano mucho mejor que los filósofos dados á su estudio. El hombre puede llamarse Kant, y escribir la Crí-

tica de la Razon Pura. Sondeará los abismos de la conciencia, descubrirá las facultades humanas, señalará sus leyes y hasta sus límites; ese espíritu, con toda su realidad, descenderá á sus investigaciones, y podrá con su mirada de águila llegar hasta el fondo de su medrosa profundidad. Pero el corazon, esa arpa cólica que canta herida por todos los vientos, así los que descenden del cielo como los que se levantan de los abismos; el corazon, ese ciego que todo lo vé, ese oráculo que muchas veces hace con sus presentimientos enmudecer á la razon; el corazon, nuestro profeta, iman de todas nuestras acciones; el corazon, lámpara sagrada donde se guarda el fuego de la vida, sólo se revela á la mujer, y por eso Dios la ha destinado para educar el género humano, y por eso la mujer es madre. Fenelon, ese hombre que tiene tantos sentimientos femeniles y delicados, no hubiera podido nunca escribir el *Amor en el matrimonio* de Mme. Stael, esa mujer que tiene tantos sentimientos varoniles.

Así es que el rasgo característico de esta divina poetisa es el conocimiento del corazon humano. Yo no conozco delicadeza, si es permitida la expresion, más delicada. Cuando la poetisa se inclina como el ángel custodio sobre

la cuna de su tierna hija, se siente latir en sus versos el corazon de las madres. Así como repite el piar de los pajarillos cuando imita los ruidos de la naturaleza, cuando dicta oraciones á su hija, Carolina escoge palabras que revelan el sentimiento de la inocencia, el recuerdo de la niñez. De esta suerte se puede decir que ha recorrido toda la escala de las grandes pasiones humanas, de esas pasiones que conducen nuestra vida á su verdadero puerto. La poesia de Carolina Coronado es una ofrenda en los altares de la virtud. Muchos poetas han puesto al servicio de la desesperacion, de la duda, su génio; Carolina parece uno de aquellos místicos cantores que iban anunciando la buena nueva y prometiendo el cielo. Sólo así se concibe y se explica el poeta. Dios no le ha dado inspiracion, no ha puesto en su mano esa lira de oro para que atormente al hombre; no, su fin es más alto, el arte es nuestra única consolacion. Yo busco siempre en el corazon del poeta un santuario donde guarecerme, para huir de la sociedad y del mundo; le pido palabras para hablar á Dios, le ruego que me levante en sus alas sobre las tempestades y me lleve á mirar frente á frente el sol de la verdad. Para andar por este bajo suelo no le necesito. Yo

quiero que el poeta apague la sed de lo infinito que me abrasa. Por eso desde niño he amado al Dante, á Calderon, á Lamartine, á todos los que me hablan de mi pátria, que yo, aunque pobre y miserable, conozco ser el cielo. Klopstock será por mí bendecido todos los dias; si alguna vez la luz de mi fé temblara, la revivirian sus versos. Los ángeles del nuevo testamento han descendido del cielo, invocados por sus poderosos acentos. Pero vosotros, poetas de la duda, vosotros me pareceis siempre aves nocturnas. Escondeis la luz en las cavernas, la luz que vuestras almas habian bebido en Dios. Yo no conozco poder más grande que el poder del poeta; por eso me duele que su voz se pierda en lo vacío, ó se consagre al mal. Hé aquí la razon principal de la profundísima admiracion que me inspiran los cantares de la poetisa de que hablo. ¡Cuántas veces sus versos han secado las lágrimas de los infelices! ¡En cuántas ocasiones el alma dolorida y acongojada se levanta á la esperanza, al dulce son de esa lira que produce tan divinas armonías! ¡Oh! Carolina Coronado no ha perdido el canto, no. Antes cantaba la naturaleza, ahora enseña á orar á su hija. Pero siempre será poetisa. Podrá querer romper su lira, pero la inspiracion

será siempre el alma de su alma. Carolina, que señala una revolucion del espíritu de nuestra poesia, volverá á pulsar sulira. Nosotros lo deseamos en bien de nuestra pátria, en bien de las artes. Carolina, tan jóven aún, ha dejado de sus cantares un eco que nunca se perderá. Enumerar sus obras será el objeto de nuestro tercer artículo.

III

La poetisa de que tratamos ha cultivado con éxito singular la literatura en todos sus varios desenvolvimientos. Si sus versos respiran ese perfume del sentimiento, su prosa resplandece por su delicadeza y ternura. La lengua española, que tanto tiene de guerrera y fuerte, en las obras de esta poetisa cobra una dulzura indefinible. Indudablemente el español muestra en sus composiciones su vária flexibilidad, que es uno de sus más gloriosos timbres. Su prosa tiene tambien la armonia imitativa de sus versos. *Jarilla*, coronada de flores, vagando por los bosques, pura como el ensueño del primer amor, misteriosa como una de esas sombras que forman los rayos de la luna al quebrarse en la espesa enramada, mirándose bajo la

zarza-rosa en el arroyo que lleva en sus ondas las hojas de los lirios del valle, embebida en su pensamiento, del cual sólo le distrae el arrullo de la tórtola ó el vuelo de la blanca paloma que cruza sobre su cabeza; *Jarilla*, creación purísima de la poetisa, produce con sus sencillas y poéticas palabras cantares tan dulces como las endechas del ruiseñor en callada noche de estío. La profundidad del pensamiento, la exaltación de las grandes pasiones, el vuelo majestuoso del espíritu sobre las grandes tempestades del mundo, todo lo que forma el género filosófico en la novela, se echa de ver en la *Exclaustrada*, composición capital de la poetisa, que el público aún no conoce, y que es sin duda nueva y desconocida faz de su privilegiado ingenio. Bien es verdad que el público no necesita de nuestros encarecimientos para comprender el sentido filosófico que preside á muchas de las composiciones de doña Carolina Coronado.

El público no ha olvidado, no ha podido olvidar su bellissimo paralelo entre *Safo* y *Santa Teresa*, dos mujeres examinadas y descritas por la delicadísima pluma de una mujer. ¿Dónde se encontrará una descripción más acabada y perfecta, observaciones más delicadas,

puntos de vista más nuevos? Muchas veces al leer esa bellissima producción he creído ver el mar Egeo, sereno, azul, puro como el cielo de Grecia; sus olas quebrándose mansamente contra la faja de oro de la orilla, la campiña risueña, cubierta de mariposas y de abejas libando aquella miel que gustaban los dioses, y en medio de aquel risueño espectáculo de la vida que late en todos los seres, Safo, con los ojos errando en los espacios, los labios contraidos, trémulas sus manos, rompiendo las cuerdas de su lira, la desesperación rebosando en el pecho, y desde el alto y aislado peñasco buscando con anhelo en el mar la muerte, para apagar en las espumosas ondas el fuego de amor en que arde su corazón. Y después, volviendo los ojos á nuestra España, he visto animada de nuevo por el ingenio poético la hermosa figura de Santa Teresa, de rodillas al pie de los altares, embebida en su pensamiento, apasionada de Dios, que resplandece en su alma como el sol en los puros horizontes, perdida en deliquio de amor infinito, en una oración amorosa; con su corazón trabajado por todas las grandes pasiones, que á manera de puro incienso se levantan de la tierra y en azulada nube se pierden en el cielo, y con su pensa-

miento, animado siempre con ideas infinitas, el fuego amoroso de su abrasado espíritu.

Pocas veces hemos visto con más verdad realizado el poder que Dios decretó al génio, de volver á la vida los séres arrebatados á la muerte. Este trabajo, que llamó profundamente la atención pública, se distingue por una sagacidad tal, que desde luego se ha de ver que los ojos de una mujer de talento, á manera de un microscópio, descubren hasta los más pequeños átomos del sentimiento, hasta los más desvanecidos matices del alma de una mujer. Por eso decíamos en uno de nuestros anteriores artículos, que el génio del hombre podrá estudiar y conocer la profundidad del pensamiento y los abismos del espíritu humano; pero el corazón es un oráculo que sólo revela sus misterios á la mujer. Si alguna duda pudiera haber, léase el paralelo entre Safo y Santa Teresa.

Son también un modelo en su género las cartas, que describiendo un viaje, publicó *La Ilustración*. Sucede con estas bellísimas epístolas lo que sucede con las cartas de un viajero que escribió Jorge Sand. En ellas está impreso el corazón de la mujer. Delante de los monumentos del génio no recuerda la grandeza de los

conquistadores, primera idea que asaltaría á un hombre; no, recuerda los torrentes de lágrimas y sangre que ha costado esa gloria, las infinitas madres que en los combates habrán perdido sus hijos, pedazos de su corazón. Cuando entra en las iglesias teatrales de Francia, recuerda el espíritu religioso de la patria, la poesía del culto español, la Virgen, que se levantaba en los patrios campos, y que recibió amorosa las flores y los cantares que le ofrecía la inspirada poesía.

Entre sus más acabados cuadros, donde más luce su ternura, es en la carta que describe una visita al gran Víctor Hugo. La paz del hogar doméstico se vé en esta producción escrita con admirable fidelidad. Carolina se olvida que está delante del génio para contemplar su familia con la ternura del corazón de mujer. Y cuando en aquel santuario, vé cruzar, con sublime presentimiento, el rayo de la desgracia. Y no se engañaba nuestra poetisa. Poco tiempo después, el gran poeta, desde extrañas playas, veía rota la tribuna, el pedestal de su gloria, y esclava su amada Francia; y vertía lágrimas de desesperación, que no podían secar las amadas auras de la patria. Estas epístolas son bellísimas, y es de sentir que no las hayamos visto conclui-

das. En el arte dramático tiene también Carolina algunas producciones. El demasiado lirismo de su imaginación daña el conjunto del drama. Sin embargo, el lirismo, que en otro tiempo fué blason de los poetas dramáticos, tiene en su contra hoy la prosa que, cual absoluta señora, domina en el teatro. Una literatura superficial, que se precia de cultivar el sentimiento y apenas llega al corazón, ha querido cortar sus alas al genio, como si Shakespeare, Calderon y Schiller dejasen de ser los dioses del teatro por haber dado libertad al lirismo más exaltado en sus magníficos y monumentales dramas.

Doña Carolina Coronado, en las escenas de sentimiento, arrancará siempre lágrimas á los ojos. Recuerdo una de estas composiciones, en que representa el gran Petrarca, que se queja en son doliente con tan dulces palabras, que parecen á los suspiros que en los jardines de Valledusa consagra á su adorada Laura, ideal de su vida, alma de su alma.

En las composiciones poéticas, no sabemos qué elegir. El ánimo suspenso, no sabe qué flor escoger de esa preciosa corona. Carolina canta el amor de los amores, la Virgen de la pequeña ermita, la tempestad que cruza por los montes

y que estrellan en las cumbres, por sus piés holladas, las olas de electricidad; canta la paloma que bebe en la fuente del valle, el arroyuelo que murmura entre las sonantes cañas, la zarza-rosa que dá sus pétalos á las brisas, y si abandonando la naturaleza penetra en el espíritu, su palabra inspirada deja en el sentimiento estrella luminosa de fé y de esperanza. Débilmente he resumido los títulos que tiene á la consideración de su patria. Hoy alguna vez pulsa su lira para dormir á su hija. ¡Qué canto tan dulce! Ocupando hoy tan distinguido lugar en el Parnaso, sus admiradores no renunciaremos á verla ceñir nuevos laureles á su frente.